



Dime una adivinanza

Tillie Olsen

Pese a lo mucho que tiene dentro, no conseguirá sacar más que una pequeña parte. Es hija de su época, de la depresión, la guerra y el miedo. Déjela. Aunque todo lo que hay en ella no vaya a florecer, ¿en cuántos llega a hacerlo? Ya le da para vivir. Solo queda ayudarla a comprender, darle una razón por la que entienda que es algo más que un vestido sobre una tabla, desamparado, antes de que lo planchen.

Prólogo de Jane Lazarre

las afueras

Dime una adivinanza

f

Tillie Olsen

DIME UNA ADIVINANZA

Traducción de
Blanca Gago

Prólogo de
Jane Lazarre

Epílogo de
Laurie Olsen

las afueras

Título original: *Tell Me a Riddle*

© 2013 by the Board of Regents of the University of Nebraska

Con el permiso de Tillie Olsen Trust y Frances Goldin Literary Agency, a través de International Editors'Co.

Los cuentos que componen la antología *Dime una adivinanza* se publicaron entre 1956 y 1960 en las siguientes revistas y publicaciones:

«Aquí estoy, planchando», *Pacific Spectator*, núm. 10, invierno de 1956

«¿Qué barco, marinero?», *New Campus Writing*, Nolan Miller (ed.), Nueva York, Bantam, 1957

«Oh, sí» se publicó bajo el título de «Bautismo» en *Prairie Schooner*, núm. 31, primavera de 1957

«Dime una adivinanza», *New World Writing*, núm. 16, 1960

© del prólogo, Jane Lazarre, 2019

© del epílogo, Laurie Olsen, 2013

© de la traducción, Blanca Gago, 2020

© de esta edición, Editorial las afueras, 2020

Av. Diagonal, 534, 2º 2ª

08006 Barcelona

www.lasafueras.com

ISBN: 978-84-121457-7-9

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer

Imagen de la cubierta: Elena Hormiga, *8 de marzo*, 2019 (detalle)

Maquetación: María O'Shea

A mi madre (1885-1956)

VOLVER A TILLIE OLSEN, por Jane Lazarre

Tillie Olsen es una de las escritoras más influyentes en la literatura americana y, desde luego, en mi propia escritura; una presencia maternal tanto en su obra literaria como en nuestra amistad, que se prolongó desde 1975 hasta su muerte, en 2007. Ahora, con ocasión de esta nueva edición de su obra en español que publica la editorial Las afueras, me propongo reivindicarla. No para mí, aunque yo misma me incluya entre los destinatarios; no para el mundo entero, aunque ella pertenece legítimamente a las multitudes, sino, sobre todo, para aquellos que, en cualquier parte, lucharon contra cualquier forma de injusticia que se encontraron, ya fuera individual o colectiva. Quiero reivindicarla por todos aquellos que intentaron inclinar el arco del universo hacia la justicia, tal y como en su día defendió Martin Luther King.

La obra de Tillie Olsen se inscribe dentro de una tradición del radicalismo judío centrada en la lucha por la justicia económica, racial y de género. Una lucha que supone para los judíos una carga y un privilegio. Los dos aspectos se encuentran arraigados en el conocimiento de la historia de la opresión y la supervivencia, en la convicción de que ambas experiencias requieren grandes dosis de empatía y activismo. Por encima de los antiguos rituales, por encima de la fe religiosa, esa debe ser nuestra herencia más preciada. Al consagrar su vida literaria y personal a estos valores, Tillie Olsen se convirtió en una gran escritora de la experiencia de la maternidad. Tanto en sus ensayos, muy personales, como en la extraordinaria prosa poética de los relatos que conforman este libro, su obra sondea las capas más profundas de una experiencia capaz de conjugar el amor más inquebrantable con el trabajo más exigente y agotador, la devoción con la ira, el poder con la impotencia. Para Olsen, las condiciones de nuestra vida interior y

nuestra vida en sociedad —con las actitudes sobre raza, clase y género que estas implican—, están entretreídas de forma inexorable. Como ella misma escribió en uno de sus innovadores textos periodísticos, «el siguiente gran paso de la humanidad debe ser no solo el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, sino el establecimiento de los medios —sociales, económicos, culturales y educativos— para impulsar y hacer posibles dichos derechos.»¹

A través de su escritura, así como del apoyo que brindó a otros escritores, Tillie Olsen se unió a esa lucha mediante la palabra.

En «Dime una adivinanza», una extraordinaria novela corta, Eva, una mujer de sesenta y nueve años —una edad que, en esa época, la convertía en anciana—, está a punto de morir. A lo largo de la historia, su marido apenas se dirige a ella por su nombre, sino por otros nombres cargados de desdén —doña oradora sin aliento, doña iluminada—, y cuando le pregunta amargamente: «¿Aún crees que eres una agitadora de la Revolución de 1905?», ella le responde: «Mirar atrás y aprender qué es lo que humaniza a los hombres, eso hay que enseñar. Destruir todos los guetos que nos dividen —sin volver atrás, sin volver atrás—, eso es lo que hay que enseñar».

Una vez confinada en un lecho hospitalario y diagnosticada de cáncer terminal, su hija le dice que «un hombre de Dios» ha venido a su cama para darle consuelo. «El hospital les da una lista —dice la hija—, y tú estás en la lista de los judíos». Pero Eva, aunque débil, aún se guía por la pasión que la caracteriza y por su viva y valiosa memoria, y responde sin contemplaciones: «Ahora mismo ves y que lo cambien. Diles que escriban: raza, humana; religión, ninguna».

«Y a pesar de todo seguía creyendo», dice su marido hacia el final del relato, en los últimos momentos de su vida. Quizá, para entonces, ella ya no puede escuchar cómo, por

fin, él la llama por su nombre, Eva, y le pregunta: «¿Acaso sigues creyendo?».

«Oh, sí» es un relato de amistad y separación racial. Una niña blanca y una niña negra son amigas hasta que alcanzan una cierta edad y entonces, con «un presentimiento de comprensión», la madre se da cuenta de «cómo las separan». La historia se escribió mucho antes de que Toni Morrison acuñara la expresión «presencia africanista» como punto de inflexión formal de buena parte de la literatura americana blanca, para describir aquellos encuentros entre personajes blancos y negros en los que «las personas de raza negra desencadenan momentos críticos de descubrimiento o de cambio o de énfasis en la literatura no escrita por ellas»². Quizá Olsen percibiera la naturaleza de esos momentos de manera que la niña blanca, que no está acostumbrada al poder de las emociones expresadas en la iglesia de negros donde acude la familia de su amiga, se ve abrumada por una serie de sentimientos encontrados y se desmaya. Más tarde, ya en la adolescencia, cuando ambas chicas están en sus respectivos mundos separados, la hija pregunta a la madre: «¿Por qué tiene que importarme?» La madre la acaricia y trata de calmarla mientras piensa: «Que te importe implica que haces algo. Es un largo bautizo en los mares de la humanidad, hija mía. Y mejor sumergirse en ellos que vivir sin que nada te conmueva».

Mediante el uso de oraciones fragmentadas y una gramática muy específica, Tillie Olsen consiguió respecto a la sintaxis y la flexión de la lengua yidis³ lo mismo que Toni Morrison y James Baldwin lograron al desvelar la poética de la lengua de los negros. De ese modo, Olsen impele a los lectores a leer esa lengua moldeada por el uso de los siglos como una forma no solo de comunicación, sino también de poesía. La poesía, en efecto, debe considerarse, en parte, como una forma de encontrar en el habla ordinaria una imaginería y un conjunto de alusiones capaces de

sumergirnos en las profundidades de la conciencia. Como esas criaturas marinas que arrastran consigo montones de conchas, algas y arena que van encontrando en su camino, las palabras exactas y las frases rítmicas se nos quedan pegadas a la piel y penetran en nuestras almas.

Las siguientes palabras acompañaron el anuncio del Premio Rea, otorgado a Olsen en 1994: «La autora [combina] la intensidad lírica de un poema de Emily Dickinson con el alcance de una novela de Balzac»⁴.

*

En 1969, después de dar a luz a mi primer hijo, buscaba desesperada (y ya empezaba a creer que en vano) libros sobre maternidad escritos por autoras que también fueran madres, libros que narraran esa repentina inmersión en el amor más profundo que yo había conocido nunca, pero también el miedo enorme y visceral o la culpa paralizante, capaces de ocultar ese amor con rachas de niebla y confusión, con accesos de ira y llanto que ni reconocía ni lograba entender. Tillie Olsen me proporcionó un lenguaje para nombrar todo aquello de un modo más preciso.

Alrededor del año 1975, poco después de haber publicado mi primer libro, *El nudo materno*,⁵ un ensayo autobiográfico sobre la experiencia transformadora que supone dar a luz y aprender a ser madre, recibí un regalo de Tillie: un ejemplar de su novela *Yonnondio, From the Thirties*. Para entonces yo ya había leído toda su obra de ficción, no solo con la estupefacta admiración de una joven e incipiente escritora, sino también con una oleada de alivio —como esas enormes olas del océano en pleamar que, pese a su altura, pueden ser suaves si se reciben a una prudente distancia, de modo que el cuerpo navega con ellas, seguro y fascinado, para verlas romper en la orilla—. Leer «Aquí estoy, planchando», «Dime una adivinanza» y *Yonnondio* me permitió presenciar ese choque, leer sobre

los sentimientos tan complejos y poderosos que conforman la maternidad desde una distancia suficiente para no hacerme daño y, aun así, deslumbrada por el poder de la ola. La poesía y el coraje de Tillie Olsen me brindaron la posibilidad de participar en el cambio radical de una vida dedicada a la escritura y la enseñanza: la voz materna, por fin, no quedaba relegada a lo trivial, lo sentimental y lo falso, ni restringida a los consejos y manuales de pediatría escritos, casi siempre, por hombres. Con grandes dosis de convicción y honestidad, Olsen estampó esa voz, tanto tiempo enterrada, en la literatura.

En mi ejemplar de *Yonnondio*, hoy amarillento y deteriorado por el uso, había algo que, según averiguaría más tarde, formaba parte del núcleo esencial de la autora. En la parte central de la novela había insertado una nota. Con esa letra suya tan pequeña, que ahora apenas puedo leer, pegada en la página con una bonita estrella roja (¡antes de que se inventaran los pósits!), había tachado un párrafo y, en el margen, había escrito una nota para mí a modo de corrección. «Omitir», rezaba esta, al lado de unos signos de interrogación escritos en tinta negra. No voy a citar el párrafo aquí, puesto que ella mostró su desagrado al respecto, pero sí diré que precedía al momento en que la hija, Mazie, y su madre, están a solas, y la expresión de la madre, al mirar a lo lejos, sobrevuela su rostro como un viento que cambia de dirección. Entonces, acaricia a su hija de un modo insólito y «Mazie sintió una extraña dicha en el cuerpo de su madre, dicha que nada tenía que ver con ellas, con ella; dicha y distancia, individualidad». Más tarde, «la mirada de la madre vuelve a su rostro, su gesto alerta, afinado en los confines de su cuerpo. (...) Nunca sino entonces vio Mazie aquella mirada —aquella otra mirada— en el rostro de su madre».⁶

Cada vez que Tillie Olsen revisaba sus propias palabras, reconsideraba su visión en respuesta a los volubles acontecimientos de la historia. Su «individualidad» se

propagaba hacia fuera, hacia la amistad, el compromiso político y un sentido sagrado del lenguaje.

Tillie Olsen nació como Tillie Lerner «en una granja arrendada de Nebraska, la segunda de seis hijos de una familia de inmigrantes judíos rusos que habían abandonado su tierra tras la fallida Revolución de 1905. Se crio en Omaha, donde su padre trabajaba como pintor y empapelador y hacía las veces de secretario del Partido Comunista de Nebraska. (...) En 1929 empezó a encadenar una larga serie de trabajos mal remunerados que se prolongarían durante treinta años (camarera de piso, empacadora, empleada en una lavandería, operaria, camarera o secretaria)». ² Son palabras de su hija Laurie Olsen, muy significativas por el hecho de que uno de los valores más característicos de Tillie Olsen fue la transmisión de nuestras creencias a las generaciones siguientes (primero, a sus hijas; después, a otros escritores en cuya obra advertiera señales de una voz necesaria y, en ciertos casos, expuesta a quedar silenciada por las restricciones económicas y políticas). Habló en contra del *apartheid*, el racismo y la guerra; en favor de los trabajadores, los derechos de las mujeres y la protección de la tierra. Al igual que los más entregados activistas, podía llegar a defender ferozmente sus convicciones y demostrar su furia ante las injusticias. Todo ello me resultaba muy familiar. Yo me crie en una familia de judíos americanos comunistas, y esa era una pieza más en nuestra historia; pieza que, en mi opinión, contribuía a cohesionarnos: conocíamos los errores cometidos por la vieja izquierda — cierto era lo mucho que se equivocaban en algunos aspectos, pero también su proverbial rectitud, así como la belleza de los valores esenciales que muchos de nosotros aún compartimos—. Aunque transformados y depurados por una visión más contemporánea y un nuevo entendimiento, la radiante esencia de esos valores sigue

brillando en el núcleo de todo lo que escribió Tillie Olsen.

Su ensayo *Silences*, que aborda los orígenes del silencio literario a lo largo de siglos de escritura, constituye una poderosa y nutriente obra para todos los escritores que conozco⁸. En él, Olsen escribe sobre las dificultades que supone conseguir una voz plena; dificultades que, a veces, devienen serias limitaciones para encontrar, simplemente, un modo de expresión. Melville nos dice al respecto: «Esa atmósfera silenciosa de paz y tranquilidad en la que crece la hierba bajo la cual todo escritor debiera crear (...) rara vez, me temo, la consigo. El dinero es mi maldición [y] lo que me impulsa a escribir, está vetado: no da dinero».⁹

Al igual que Virginia Woolf imaginó a Judith Shakespeare (la cual, por su condición de mujer, nunca habría podido materializar su genio suponiendo que lo poseyera, como sí hizo su hermano real), Olsen escribió sobre las mayores pérdidas del ser humano, sobre las vidas que nunca llegaron a escribirse «y, entre ellas, las de las mudas e ignominiosas criaturas miltonianas, aquellos que deben luchar por su existencia cada hora que permanecen despiertos: los de escasa formación, los analfabetos, las mujeres».

Sin llegar a ser consciente de los privilegios económicos y de género que le permitieron llevar a cabo su propio proceso creativo, Joseph Conrad lo describió con estas palabras: «Supongo que dormí, que tomé los alimentos que otras manos depositaron ante mí (...). Sin embargo, nunca tuve plena conciencia del pulso fluido de la vida cotidiana, que hizo para mí más llevadero y menos ruidoso un afecto silencioso, vigilante, incansable».¹⁰

Olsen nos recuerda que, a lo largo de los siglos, la mayoría de las mujeres escritoras que crearon obras bellas e importantes no estaban casadas, nunca tuvieron hijos y escribieron bajo seudónimos masculinos hasta que, en mi generación, empezó un suave goteo que ahora ya empieza a llenar la entera superficie de la tierra con historias de